

mite colocar a Nietzsche en contexto e interpretar los cambios que se operaron en la meta-historia o filosofía de la historia nietzscheana, desde ese periodo eminentemente filológico hasta *El nacimiento de la tragedia* (caps. 1: «Philological centaurus» y 2: «Early meta-history and context»).

Por si su sentido histórico no estuviese ya plenamente avalado por sus análisis de contexto, que no se limitan al periodo filológico sino que también incluyen el contexto del historicismo decimonónico (caps. 3: «Aesthetic intuition and the history of Tragedy» y 4: «History and historians»), Jensen extiende dicho sentido histórico a nuestro presente (caps. 5: «Positivism and Perspectivism» y 6: «Autobiography as history», y el Epílogo) logrando, en una discusión de gran aliento, presentarnos al filósofo alemán en acuerdo o en franco desacuerdo con los filósofos de la historia de la tradición insular y norteamericana.

Retrotrayéndolo a su época, las tesis nietzscheanas situadas dentro de la discusión filológica del siglo XIX nos revelan a un Nietzsche perfectamente enterado de la disputa entre la *Sprach-* y la *Sachphilologie* (la filología crítica y la filología hermenéutica, respectivamente), así como la postura del Nietzsche académico, el cual, como su mentor Friedrich Ritschl, comparte y practica métodos de ambas filologías en disputa. En este sentido, para Nietzsche una filología empírica y una filología hermenéutica no están divorciadas. Ello es, por otro lado, evidente cuando en el primer capítulo Jensen muestra el carácter sincrético de los estudios filológicos de Nietzsche, y explica el comentario del propio Ritschl, quien afirma que Nietzsche, es un filólogo del lenguaje con tendencias especulativas (cf. p. 27).

Jensen desmantela la opinión, muy generalizada dentro de los estudios sobre la época filológica de Nietzsche, según la cual Ritschl hubiera sido un *Sprachphilologe* a ultranza. Mediante un seguimiento minucioso de los vaivenes de esta discusión, el autor pone en evidencia que las fronteras entre las filologías en disputa no eran definitivas, al menos no para los maestros más admirados por Nietzsche, a saber, el propio Ritschl y Otto Jahn.

La disputa posterior, analizada en los capítulos 4 y 5, entre el historicismo científico y el historicismo de corte especulativo en la que Nietzsche también será justificadamente emplazado, se vuelve análoga a la problemática del capítulo 2. Es en estos capítulos donde el estudio de Jensen opera el paso que va de la mera descripción histórica a la descontextualización histórica con fines históricos *útiles para la vida*, logrando presentarnos la meta historia nietzscheana dentro las discusiones entre la hermenéutica y la escuela neokantiana. En los mismos también introduce paulatinamente el panorama contemporáneo respecto a la filosofía de la historia e inaugura la discusión de Nietzsche con Collingwood y C. G. Hempel.

Pero antes de abundar en el lugar que ocupa Nietzsche dentro de las posturas contemporáneas, Jensen aborda otra tesis necesaria para la cartografía del pensamiento nietzscheano sobre la historia. La tesis del capítulo 3 propone de forma convincente, contra tesis anteriores que han descuidado el concepto de intuición estética, que Nietzsche habría retomado el concepto de intuición estética del concepto schopenhaueriano de la intuición de las ideas. Esta tesis es fundamental para entender, según el autor, que en la redacción de *El nacimiento de la tragedia*, se operó un giro radical en la trayectoria intelectual de Nietzsche, pues al adoptar la intuición estética como punto de vista a partir del cual considerar la historia, Nietzsche abandonó el realismo o mejor dicho, el empirismo practicado por la *Sprachphilologie*.

En el capítulo 4, Jensen desarrolla su tesis principal que consiste en atribuirle a Nietzsche una postura representacionista antirrealista a partir de *Humano demasiado*

*humano* hasta *Ecce Homo*. Jensen entiende por ello la imposibilidad de considerar, dentro de la meta-historia nietzscheana, la objetividad como un criterio operante.

Pero a pesar de mostrar que Nietzsche rechaza la idea de objetividad basada en la independencia del objeto respecto del sujeto que estudia el pasado, Jensen no excluye la posibilidad de atribuirle al autor del *Zaratustra* un supuesto objetivista subyacente a su filosofía de la historia. Sin embargo dicho supuesto objetivista no me parece ser acertadamente descrito. La objetividad nietzscheana es interpretada por Jensen como una «noción relacional» en donde «el carácter distorsionante de los componentes afectivos de los juicios se neutralizan en medio de esos juicios que comparten un conjunto similar de afectos» (p. 128). Esta afirmación aparece como la interpretación de la siguiente afirmación de Nietzsche: «Existe únicamente un conocer perspectivista; y cuanto mayor sea el número de afectos a los que permitamos decir su palabra sobre una cosa, cuanto mayor sea el número de ojos, de ojos distintos que sepamos emplear para ver una misma cosa, tanto más completa será nuestra ‘objetividad’»<sup>1</sup>.

Considero que Jensen se atreve a una interpretación excesivamente conciliadora, pues impone a esa reunión de perspectivas o a esa totalidad provisional de perspectivas, una neutralidad injustificada, pero dicha neutralidad no se observa implicada ni la cita ni en la filosofía nietzscheana en general. De hecho, Nietzsche menciona líneas antes del párrafo citado, que la objetividad tiene que ver con «utilizar en provecho del conocimiento cabalmente la *diversidad* de las perspectivas y de las interpretaciones nacidas de los afectos»<sup>2</sup>.

Me parece que el autor es incapaz de dar cuenta de manera apropiada de la objetividad nietzscheana al imponerle a ésta un carácter armónico, en lugar de considerarla como una totalidad conflictiva o, en todo caso, no homogénea, de perspectivas diferentes que se mantienen como tales en la unidad provisional. Esta caracterización inapropiada de la objetividad nietzscheana le servirá al autor para argumentar en contra del supuesto carácter relativista de la filosofía de la historia nietzscheana, pero como podemos observar, su argumentación estará minada por esta suposición injustificada y errónea.

Según el autor, la definición «representacionista antirrealista» de la filosofía de la historia de Nietzsche tiene que ver, además, con la incapacidad de la historia para corresponder al pasado. Según Jensen, Nietzsche le niega esta correspondencia a la historia como práctica, asumiendo las siguientes dos tesis: *a*) El pasado es demasiado complejo y la historia siempre abrevia (aquí el autor relaciona la teoría de la fantasía con la del historiador, relación muy similar a la que Wilhelm von Humboldt desarrolla en *Sobre la tarea del historiador*, y que no es puesta en evidencia por Jensen, a pesar de haber contrastado a Nietzsche con el fundador de la Universidad de Berlín), y *b*) La estructura narrativa-causal de los eventos descritos nunca existió.

En relación a esto último el autor intenta esclarecer en el capítulo 5 cómo las explicaciones históricas de Nietzsche son precisamente eso y no meras narraciones ficcionales. Jensen sostiene que Nietzsche no es un excelente contador de historias sino un filósofo de la historia (cf. p. 155) que ofrece *explicaciones* perspectivistas. El argumento consiste en presentar a Nietzsche como un filósofo que ofrece explicaciones históricas teniendo en vistas simultáneamente el carácter procesual de la realidad así como la situación temporal de una explicación histórica. Así, el autor le atribuye a

1. F. Nietzsche, *La genealogía de la moral*, trad. de A. Sánchez Pascual, Madrid: Alianza, 2002, III, 12, p. 155.

2. *Ibid.*, p. 154.